

CAPITULO V

EL 29 DE ABRIL

Espléndida amaneció la mañana del 29. Apenas los primeros albores sonreían en Oriente, y ya se notaba cierta bulliciosa animación en las calles de la ciudad, especialmente en la Real, por la cual debía pasar más tarde la gran procesión de la Virgen.

Varios hombres se hallaban afanosamente ocupados en adornar las fachadas de las casas de dicha calle ya poniendo largas ramas de "loro" (laurel silvestre, arrimadas y sujetas por grandes clavos á las paredes (ramas de tales dimensiones, que acariciaban con su extremo hasta las ventanas del tercer piso); ya prendiendo de los altos balcones ricos cortinajes de damasco de seda color grana, vistosísimas colgaduras que tan pronto son prendidas ondulan graciosamente á merced del suave ambiente matinal, ó bien descienden majestuosas, envolviendo en su regios pliegues la cabeza del transeúnte.

Grandes canastos llenos de flores iban, á impulso de diestra mano, esparciendo por el piso de la calle su aromático contenido. La roja amapola; la sima blanca y la morada. La violeta y el geranio, formaban, entremezclados con el romero, el arrayan, el lirio y la malvarrosa, rica y variada alfombra lindísimo mosaico que exhala en torno embriagador perfume.

Entretanto, la rosada aurora entreabre su veste de escarlata dando paso al deslumbrante sol, que triunfante se arroja en el espacio, lanzando fúlgidos destellos de vida y luz.

Ya principian á circular los numerosos transeúntes que acuden á la fiesta, dirigiéndose en alegre consorcio hacia el Norte de la ciudad, punto de partida de la célebre procesión.

En el bonito balcón de una de las casas principales, aparece un elegante grupo compuesto de tres personas: son tres damas.

Procuraremos hacer un bosquejo de ellas.

La mayor se halla en esa edad de la mujer en que el tiempo y la belleza libran ruda batalla; batalla formidable en la cual, irremisiblemente, ha de triunfar el inexorable destructor de todo lo creado.

Tristísimo período para la mujer que sólo alienta por su física hermosura.

Época de tranquila indiferencia para la mujer buena, que cede el lauro de anteriores triunfos con la benevolencia innata de la verdadera mujer. No de la mujer ficticia y vana que funda toda su felicidad en el homenaje que se tributa á su linda persona, á sus gracias juveniles, á su porte seductor.....

Las damas, por desgracia numerosísimas, que forman esta falange, son las que batallan á brazo partido con ese su terrible enemigo llamado tiempo. Ellas no quieren reconocer los estragos, por demás patentes, que les infiere aquel viejo invencible; y no pocas veces tratan de cercenar algunos años á sus hijos para que luzcan párvulos, aunque el bozo del uno le acuse sus 18 años cumplidos, ó el turgente seno de la otra publique las 16 primaveras que lleva consigo.

Pero la señora sensata, que ha sabido no perder en el tocador un tiempo precioso; que ha cultivado su espíritu, y que, interiormente, se siente bella, con esa sólida belleza que no muere nunca, llamada instrucción..... esa mujer ve transcurrir los años que la arrebatan su lozanía, con la tranquila conciencia del justo que devuelve un préstamo que se le hizo por tiempo determinado. A ese número de mujeres selectas pertenece la dama del balcón.

Ella frisa en los 40 años: así lo indican algunas hebras plateadas que campean entre su aún abundante cabellera de ébano, aunque en la viveza de sus negros ojos impera la juventud. Las correctas facciones descansan gallardamente sobre un rostro oval de color un tanto trigueño con tinte pálido. Frente espaciosa, conjunto simpático, afable sonrisa, talla entre alta y mediana, porte dignísimo..... tal es el físico de la señora doña Carmen Pérez de Lozano, viuda hace muchos años de un abogado.

Lleva esta señora un rico vestido de terciopelo negro, sin adorno alguno; mantilla española de punto negro; guantes de cabritilla de igual color, y abanico de crespón.

negro también; solamente un pequeño medallón guarnecido de brillantes, con la miniatura de su esposo, y unos aritos de las mismas preciosas piedras, son los únicos adornos que se permite llevar en honor á lo clásico del día.

A su derecha se halla su preciosa hija Corina; graciosa morena de 20 años escasos; alta sin exageración, esbelta, sonriente y bulliciosa; rostro redondo, de exuberante lozania; grandes oscuros ojos, que adornan pobladas cejas y largas pestañas; nariz pequeña y boca de gracia indefinible; tersa frente medio cubierta de pequeños rizos negros y lustrosos, recogíendose en lo alto de su hermosa cabeza el resto de su abundante cabellera, sujeta con flecha de oro.

Viste esta encantadora joven elegante traje de moaré color rosa; mantilla de punto blanco sujeta en su alto peinado y descendiendo en vaporosos pliegues, que medio ocultan su talle encantador, crúzase graciosamente sobre el pecho, fijándose uno de sus extremos, sobre el hombro izquierdo prendida por una piocha de perlas. Guantes blancos de ante y rico abanico de nácar, terminan equipo tan galano.

Al lado de esa bella joven se halla, formando contraste con su género de belleza, su hermana menor, Adela. Posee esta niña de 18 años el tipo denominado "angélico". Oval es su rostro; claro el color de los ojos; transparente su cútis, de diáfana blancura, exhibe en las mejillas el suave tinte de la rosa. Sus facciones finas y correctas tienen por marco una profusa cabellera castaño claro con reflejos dorados. El leve arco de sus cejas un tanto pobladas, y el largo de sus oscuras pestañas, acentúan la expresión de su mirada de infinita dulzura. El conjunto de esta joven respira gracia; pero gracia celeste. De estatura algo más elevada que la de su hermana, es delgado y flexible su talle. Lleva esta belleza vestido de raso color canario; mantilla blanca descendiendo en ondas caprichosas del alto peinado, cruza sobre el pecho, como la de Corina, y sujeta sobre el hombro izquierdo una de sus puntas con alfiler de oro. Abanico de plumas y guantes pajizos terminan el bonito atavío.

¡Son tan bellas estas señoritas, á quienes se denomina con el sobrenombre de "Las dos perlas de Santiago", porque en la Calle Real de Santiago es donde viven! Las tres señoras están en el balcón agradablemente entretenidas viendo cruzar la multitud de transeúntes, de toda edad, sexo y categoría, que se dirige presurosa hacia el punto de donde saldrá la procesión.

Oigamos algo de lo que habla el bello grupo del balcón.

—¡Cuánta gente ha venido este año á la bajada!—dice doña Carmen.—No recuerdo otra tan concurrida.

—En efecto—repuso Adela—parece que este día todo el mundo se ha dado cita para la fiesta. Y..... mira, mamá: veo también varios extranjeros.....

—¡Naturalmente! ¿Pues no sabes, niña, que Nuestra gran Virgen de las Nieves tiene devotos en todas partes? Pero muchos de esos que tú crees extranjeros, no lo son. Nuestros mismos campesinos emigrados desde largos años á la América, procuran volver á su patria para asistir á esta gran festividad. Hoy, entre esa alegre multitud que contemplan, deben de hallarse muchos de los aludidos; sólo que habiendo permanecido largo tiempo fuera de nuestras campiñas, han podido, rozándose en aquellos lejanos países con gentes más civilizadas, soltar á la larga “el pelo de la dehesa” y adquirir cierto aire de extranjerismo. ¡Mira! ¿Ves aquellos dos que van allí y llevan sombreros finos de Jipijapa?

—Sí, mamá; y van muy majos..... Pero esos sombreros.....

—No indican ser del país los sujetos que los llevan ¿verdad?

—Cierto, mamá.

—Pues ahí verás. ¡Apostaría que son paisanos nuestros! Esos dos señores son dos “indianos”; es decir, dos individuos que han retornado de las Indias Occidentales, ó sea América, probablemente con motivo de esta fiesta.

—Mira, mira, mamá. ¡Qué figura más ridícula—dijo Corina en son de burla. No sabe cómo sujetar el velo, y lleva el abanico á guisa de batuta dirigiendo una orquesta.

Al decir esto señalaba á una joven que, efectivamente, en el embarazo con que llevaba la mantilla de punto y su abanico en la mano, cerrado y derecho, cual si fuera un cetro, se conocía que por primera vez vestía á lo ciudadana.

Doña Carmen, sonriendo benévola, dijo:—Es verdad, Corina, que esa joven, como otras muchas, vestirá hoy por primera vez esas galas y por eso la vemos llevando sus adornos con poca soltura; pero no merece que nos burlemos de ella. Debemos tener en cuenta que va vestida con lo que ha creído más lujoso para celebrar este gran día; aunque no lleve con gracia su atavío, no hay por qué ridiculizarla. Además; no debes olvidar lo que mil veces te he repetido: que el carácter burlón denota malos sentimientos y escasa instrucción.

—¡Ay mamá! Yo no quiero merecer esas calificaciones. ¿Qué dirías tú, si oyeras hablar á las señoritas Exiguas? El otro día las encontré en el Recreo, y paseamos juntas un poco. Principiaron á hablar de todas las demás señoritas que había allí; todas fueron objeto de sus burlas. Ya criticaban el vestido, ya el sombrero; ora el modo de andar de la una, ora el cuerpo de la otra... En fin; lo que te aseguro es que al principio me divertí y aun tomé parte en los epigramas... pero al fin concluí por aburrirme de tanta maledicencia y me pareció indigno nuestro comportamiento. Eso te probará que no soy tan burlona ni tengo mal corazón.

—De lo cual me felicito, hija mía. Las jóvenes mordaces concluyen por verse aisladas de sus juiciosas amigas; son antipáticas, pues, como tú misma has conocido, esa charla trivialmente mordaz carece de amenidad para las personas sensatas.

—Me propongo tratar muy poco con esas niñas.

—Te guardarás mucho, querida, de romper con ellas. En tal caso te tomarían, en desquite, como blanco de sus burlas. Cultiva, pues, esas relaciones procurando no tomar parte en la maledicencia de su lenguaje; trátalas con cierta agradable circunspección, y si te es posible, defiende con suavidad á aquellas personas á quienes critiquen... Y ¿quién sabe? El buen ejemplo, como el malo, también es contagioso. Bien puede suceder que dejen su mordacidad, á lo menos en tu presencia, lo cual ya es algo. Pero, qué hará Angelina? Se va haciendo tarde, y no abre ni las ventanas ni el balcón....

—Talvez esté durmiendo todavía—dijo Adela. ¿Por qué no va Pancho, por la otra calle, á informarse? El cuarto de Frasquita tiene una ventana que cae á la calle trasera. Si Angelina duerme aún, no sucederá lo mismo con la doncella.

—Pues es verdad, Adela. Llama á Pancho y dile que vaya á informarse.

El joven, que estaba en la puerta de la calle, fué enviado á ver si conseguía verse con Frasquita y averiguar por ella, que era lo que detenía á la señora. Este joven, que es el mismo que en tiempos fué al pueblo de Beloco á traer á María, aceptó volando la comisión: era novio comprometido de la muchacha, y no ansiaba otra cosa que verla y hablarla.

A los pocos minutos regresó Pancho corriendo y ja-

deante se presentó á las señoras, con el disgusto estereotipado en su semblante generalmente alegre.

—¿Qué hay, Pancho? ¿Qué te apena tanto?—dijo doña Carmen.

—¡Ay, señora mía! Frasquita, hecha un mar de lágrimas, está asomada á la ventana. Dice que no puede salir del cuarto porque la puerta está muy encajada y no puede abrirla; que ha dado muchos porrazos á riesgo de que la señora se enoje, pero nada... No se oye ni el menor ruido en la casa. Frasquita está muy afligida porque cree que la señora estará enferma y talvez desmayada. ¿Qué le parece á Ud., señora? ¿qué haremos?

Doña Carmen reflexionó un instante diciendo en seguida al joven:

—Pancho, en las grandes circunstancias hay que echar mano de los grandes recursos. Voy á allanar el domicilio ajeno, pero esta situación anormal así lo exige. Y hay que hacerlo pronto, porque quizá hay una vida en peligro. Llévate la escalera del jardín; arrímalala á la ventana del cuarto de Frasquita. Creo que alcanzarás. Entra allí, y tú, que debes tener mucha fuerza, procura abrir la puerta encajada. Enseguida baja al zaguán y abre la puerta de calle para ir yo al momento á casa de Angelina. ¡Córre, muchacho, por Dios, que allá pasa algo malo y hay que acudir pronto!

Y comenzaron las carreras de Pancho, que por cierto no debían terminar pronto.

La escalera fué llevada á escape. Pancho la arrimó bajo de la ventana y trepó rápidamente por ella saltando dentro del cuarto, y sin decirle á la novia ni negros tienes los ojos—pues no había tiempo para eso—se tiró con toda la fuerza de su cuerpo contra la encajada puerta. Esta tembló al gran empuje y protestó rechinando y abriendo al cabo una rendija. Pancho la abrió de golpe, y saliendo á la antesala bajó corriendo la escalera, abrió la puerta de campanillas, cruzó el zaguán, descorrió un cerrojo y la gran puerta quedó franca. Adelantó hasta media calle, y dijo á las damas del balcón:

—Ya pueden venir las señoras.

—¿Qué hay Pancho?

—Nada puedo decir, señora: no he hecho más que abrir la puerta.

—Vamos allá; y tú no vayas á la procesión por lo que se puede ofrecer.

Pancho echó una mirada de desconsuelo sobre su fla-

mante flux de lana color plomo; pero como tenía muy buen corazón, pronto se resignó á prestar ayuda si se ofrecía, en lugar de ir á diversiones.

Doña Carmen y las niñas se fueron en casa de Angelina. Frasquita estaba en la antesala llorando como una Magdalena.

—No llores, Frasquita—dijo la señora—que la cosa no será para tanto.

—¡Ay, señora! Yo entré de puntillas en el salón y llamé quedito en la puerta del dormitorio, y...nada! Después llamé más fuerte, y.... ni por esas! Yo creo que la señora ó está desmayada ó muerta; ni siquiera al niño se le oye!

—Abre, ábre pronto las ventanas del salón.

La luz del sol penetró radiante, esparciéndose y alumbrando muchos objetos de vestir. Había sobre sillas un rico vestido de terciopelo color malva; mantilla negra, guantes, abanico.....varias alhajas esparcidas sobre la consola de lante de la gran luna de Venecia. También se veía allí cerca un precioso vestido de niño, color celeste, confeccionado con terciopelo y galoncillo de plata; unas botitas de charol y un lindo sombrerito con pluma blanca. Todo indicaba que aquellas prendas quedaron allí dispuestas para vestirlas temprano.

—Entremos pronto en el dormitorio—dijo doña Carmen, ya bastante asustada.—Frasquita, ábre la ventana y corre las cortinas.

Todas entraron; entremos con todas.



CAPITULO VI

APARECE MELPOMENE (*)

Doña Carmen se acercó apresuradamente á la cama y retrocedió dos pasos dando un grito.

—¡Dios mío...una estrangulación!!

Angelina, tendida sobre el gran lecho imperial, no presentaba señal alguna de vida. Rígida y fría, su rostro lívido era el de un cadáver. Alrededor del cuello se veían muchas manchas moradas presentando el aspecto de dedos: se conocía allí la gran presión de una mano férrea.

—¡Pancho, Pancho! Corre, vuela á la botica cercana. El doctor don Prudencio debe de estar allí; es el médico de turno, y no habrá dejado su puesto. Dile que por Dios le ruego venga al instante á reconocer un cadáver—que acaso no lo sea todavía. Dile lo terrible y urgente del caso: es amigo mío, y vendrá.

Pancho, aterrado, corrió á saltos como los tigres.

La señora y sus afligidas hijas se despojaron de guantes y mantillas.

—Anda, Frasquita—dijo doña Carmen—enciende pronto la cocina económica; pón mucho fuego. Si hay vida, se necesitará agua caliente. Pónla á calentar pronto, pronto!

Dos minutos después, don Prudencio—del cual no hacemos el retrato porque no hay tiempo sino para atender á la muerta se hallaba junto al lecho. Al ver á la al parecer cadáver también retrocedió murmurando: "Asfíxia, motivada por estrangulación."

—Doctor, por Dios! vea Ud. si hay algún resto de vida!

—Venga un espejo—dijo el médico.

(*) Melpómene, Musa de la Tragedia.

Corina trajo al instante el pequeño que estaba sobre la mesa y que las señoras usan para verse por detrás en el grande.

El doctor tomó el espejo, abrió los apretados labios de Angelina, y por algunos segundos apretó la luna contra la boca. Retirólo á poco, y observó que estaba ligeramente impregnado de vapor.

—Hay aún un pequeño resto de vida—dijo.—Hagamos lo necesario para aumentarlo; pero todo ha de ser ejecutado rápidamente.

—Disponga Ud., doctor, ordene, y todo se hará al instante.

—¿Hay un sirviente?

—Sí, señor. Pancho, vé qué manda el doctor.

—Vaya Ud. lo más pronto, corriendo, á la botica, y diga al farmacéutico que mande en seguida tres docenas de sanguijuelas. Ande, ánde; lo más ligero que pueda.

Pancho corrió otra vez saltando; indudablemente tenía vocación felina.

—Se necesita una palangana con agua bien caliente—ordenó el doctor.

—Voy á casa—dijo Adela—porque la de aquí aún no estará hirviendo.

Adela pasó la calle y subió á la cocina de su casa: allí habría agua á punto.

—Bonifacia—dijo á la cocinera—póngame en esta palangana esa agua que hierve.

—No hay agua caliente.

—Pues y esa olla que está hirviendo, ¿qué es?

—Es el caldo para la sopa.

—Vácielo Ud. en seguida aquí; vácie, vácie pronto que Angelina se muere.....

—¿Pos se va á beber todo este caldo?

—No tengo tiempo para hablar más.....

—Ya está vaciado. Dejaré este poco.....

—Nó, nó; todo aquí.

—¡Jesús me valga! Hoy no va á servir la sopa pa nada.....

—Mujer! ; cálese ya!

Y Adela desapareció con la palangana de caldo.

La criada, hecha un basilisco, no cesaba de refunfuñar.

—¡Qué día éste pa enfermarse! ¿No podía esa mujer, ver esperado pa morirse mañana? Yo no la quiero mal, pero por morde della, no voy á ver la loba. Lo qués la porcesión

no me quedo sin vela del corredor, y estreno mis naguas güenas. ¿Pos qué? al que se muere lo entierran y ya está.

Esta no tenía buen corazón como el excelente Pancho.

Entretanto, despojada la paciente de zapatos y medias, se le propinaban fuertes fricciones de agua caliente, ó sea caldo, que al efecto valía lo mismo, desde las rodillas hasta los piés.

Las sanguijuelas llegaron, y el doctor, tomando el vaso que las contenía, dijo:

—Sería preciso un poco de sangre para untar el cuello y que agarren pronto.

Corina, sacando del bolsillo su fino pañuelo de batista, lo retorció y envolviendo con él el dedo índice de la mano izquierda, apretó fuerte en espiral. Al momento se inyectó de sangre la yema, y cogiendo el alfiler de pecho pinchó con él sin misericordia. La sangre brotó en seguida, y acercándose al doctor:

—¿Dónde se unta, señor?

—Aquí, contestó el médico, admirando la bella acción de la joven.

Corina paseó el dedo por el cuello de la paciente apretando el pañuelo para que saliera más sangre, en tanto que don Prudencio tomaba una á una las sanguijuelas y las iba aplicando á la garganta. Pronto quedó esta cubierta como con un collar viviente que poco á poco iba chupando la sangre. El doctor pidió en seguida dos botellas llenas de agua caliente, que, envueltas en paños, fueron colocadas una debajo de cada brazo de la paciente. De cuando en cuando el médico hacía funcionar los brazos de Angelina, levantándolos pausadamente.

—Se necesita un cordial. Venga Ud., Pancho: córra á la botica, y pida la jeringa de gotas y un vaso de cordial.

Pancho esta vez corrió sin saltar, porque en el viaje anterior chocó de un salto con un transeúnte que en cambio le propinó un fuerte mojiçón. No había tiempo para riña, y se portó como buen cristiano recibiendo la ofensa sin devolverla.

—Apenas llegó el cordial, el doctor llenó la jeringuita. Con la punta de un cuchillo consiguió aflojar un poco los apretados dientes de Angelina, introdujo la jeringa, y gota á gota fué dejando caer una buena cantidad de medicina.

Momentos después la enferma hizo un breve movimiento. El buen médico se frotó alegremente las manos diciendo quedo:

—¡Hay vida! ¡Hay vida! Ahora vamos á propinarle una buena dosis de caldo sustancioso. No hay? Pues lo haremos con carne condensada.

Entretanto los útiles y terribles anélidos repletos de sangre, rodaban por sí mismos.

Pancho guiado por el doctor, los iba cogiendo uno á uno, y apretándolos con índice y pulgar desde la cola hacia la cabeza, les hacía arrojar la sangre en un plato que había apropósito; después los iba dejando caer en un vaso de agua fresca. Al rato todos vivos, nadaban como si tal cosa.

Al mandato de don Prudencio, Pancho voló á la Botica á traer un pote de carne condensada.

—Sería bueno un poco de coñac para poner unas gotas en el caldo.

—En casa hay—dijo Adela. Vuelvo al momento. Atravesó la calle; subió á su casa, y se trajo una media botella de aquel licor.

A poner atención, hubieran oído un fuerte porrazo allá por la escalera. . . . pero todo el cuidado estaba concentrado en la enferma, y nada oyeron. Cuando llegó Pancho traía el tarro en la derecha y se tapaba la frente con la mano izquierda.

El doctor disolvió en una taza de agua caliente una cucharada de carne condensada, añadió una cucharilla del licor y comenzó á dar cucharaditas á la paciente. El reloj, abierto sobre la mesa de noche, marcaba el tiempo que debía transcurrir entre una y otra toma. Cada minuto se daba la poción. Al terminar este ejercicio, que duró cerca de una hora, Angelina hizo un gran movimiento y abrió los ojos; pero la mirada era vaga, y pronto los volvió á cerrar. Por medio del baño María se calentó el caldo, y continuó la misma operación por otra hora. Entonces la enferma hizo un nuevo movimiento: se llevó la mano á la garganta, y lanzó un débil suspiro.

Durante todas estas trágicas peripecias, la procesión de la Virgen había pasado; pero ninguno de los circunstantes osó acercarse á la ventana. Todos, cabizbajos y entristecidos, oyeron la música pero nada más.

Corina se había acercado á la cuna del niño y descubriendo la colgadura vió, con terror, que allí no había niño ninguno. Las ropas estaban revueltas, y aún se veía en la blanda almohada el molde de la cabecita del pequeño Alberto. Llena de doloroso asombro, la joven hizo señas á doña Carmen; ésta vió perfectamente la cuna vacía. . . más,

poniendo el índice en los labios, impuso silencio á su hija. Podía oír Angelina.

El doctor dijo en voz baja á doña Carmen :

—Hága el favor de venir conmigo al salón.

Doña Carmen le siguió desolada, previendo allí un interrogatorio.

—Señora: hay que dar á la enferma una toma narcotizada para que duerma tranquila unas tres horas. Yo mismo voy á prepararla. Dentro de un cuarto de hora estoy aquí. Así que tome la medicina, caerá en profundo sueño. Entonces Ud y yo tenemos qué hablar.

La señora hizo un signo de aquiescencia.

Don Prudencio bajó la escalera murmurando :

—Hoy no se ha perdido el día. He salvado la vida de esa señora, y esto es un triunfo para la Medicina.

Yel excelente doctor, un tanto obeso y llevando á cuestas sus 50 años, salió á la calle dirigiéndose á su botica.

En tanto Adela, sentada á la cabecera de la enferma espiaba los menores movimientos de ésta, la cual se volvía de un lado á otro llevando de vez en vez su mano á la garganta.

Doña Carmen mandó á Corina y Frasquita, que bajarán al cuarto de María y examinarán bien á ver si había algún indicio que demostrase la presencia allí de un hombre la noche anterior.

El doctor llegó á la sazón con el calmante.

Adela le informó de la frecuencia con que Angelina, revolviéndose inquieta, llevaba la mano á la garganta.

—Eso tenía qué suceder—dijo quedo el doctor.—Ahora se calmará todo.

Y llenando una cuchara de medicina, la introdujo—ya con facilidad—haciéndosela tragar á la paciente. Después sentóse.

Un cuarto de hora escaso, y ya Angelina dormía profundamente. Don Prudencio la pulsó, declarando que, aunque un poco débil, el pulso estaba en estado normal.

—Ahora, señora; esta niña que se quede vigilando, sin embargo de que el sueño debe durar tres horas largas. Ud., tendrá la bondad de concederme una pequeña conferencia; sírvase pasar al salón, donde tenemos que hablar.

Ambos se dirigieron allá, y después de sentarse, tomando el doctor la palabra dijo así :

—; Señora! no hay que dudar de que aquí se ha come-

tido un crimen. ¿No cree Ud. conveniente dar parte á la Autoridad?

—No, doctor. No podemos ni debemos dar parte de este atentado: no tenemos pruebas más que de la comisión del hecho; pero ninguna contra su autor.

—Pero, señora, la policía investigando podría hallar alguna huella.... ¿Cómo vamos á guardar silencio sobre un acto tan punible?

—Y, sin embargo, me atrevo á rogar á Ud. que guarde un silencio necesario en este trágico asunto.

—Señora, ¡no vuelvo del asombro! ¿No es Ud. íntima amiga de esa desgraciada Angelina?

—¡Sí; lo soy! Y porque lo soy, suplico á Ud. que guarde silencio. Creo, doctor, que en ciertos casos excepcionales el médico como el sacerdote, están en el deber de guardar sigilo.

—Así es, señora. Si tiene Ud. alguna confidencia importante qué hacerme sobre este lance desgraciado, puede Ud. hablar sin reserva, que, si no debe publicarse, yo sabré guardar el más riguroso silencio.

—En tal caso, caballero, digo á Ud. que yo tengo la convicción moral y aun material, de conocer al autor de este atentado.

—¿Cómo, señora! Es posible?

—¡Sí; por desgracia! Dije que tenía la convicción moral y aun la material. Tenemos pruebas; pruebas que serían suficientes para una delación condenatoria....

Aquí llegaban en su diálogo, cuando se presentó Corina.

—¿Qué hay, hija? ¿Has registrado bien el cuarto de María? ¿Hay allí algo que indique la presencia de un hombre?

—Tanto como eso, nó—dijo la joven.—Pero he hallado, casi en la puerta de la calle, que por cierto está sin llave, esta sabanita de niño, marcada, como ves, con las iniciales "A. V. S.": **Alberto Velazco Sorel**. Esa prenda es de niño. Además hallé también este gorrito, que es exactamente igual á los que usa Albertito para dormir. También hay allí, sobre la mesa, un plato con residuos de bizcochos finos y una botella mediada de vino; está junto á dos vasos, que se ve contuvieron el licor porque aún conservan algunas gotas en el fondo.

—Dos vasos, dos personas que han tomado en ellas: eso se ve claro—dijo el doctor.

—Pero todavía hay más—repuso Corina.—La Imagen

de las Nieves falta de la urna, y el Cristo que estaba á la cabecera de la cama tampoco está allí. En el armario—que está abierto—falta el manto de María. La demás ropa está completa, y todas las estampas de santos en su puesto. ¿Qué deduces de esto, mamá?

—Por ahora no haré deducciones, hija; esperemos á ver si vuelve María de la procesión. Si viene, será á las 12 ó la una. Hasta entonces no podemos saber lo cierto. Anda, niña, á acompañar á tu hermana, en tanto termino mi conferencia con el doctor.

—Decía á Ud., caballero, que puedo afirmar casi, y sin casi, que conozco al autor de esta tragedia. Esas investigaciones que ha hecho mi hija en el cuarto de María... esas piezas de ropa de niño que halló allí, corroboran más y más mis convicciones. Sin embargo, voy á traerle á Ud. la prueba mayor: la condenatoria. Dispense Ud. un momento; voy por ella.

Doña Carmen fué al cuarto de Angelina, sacó la llave que se había guardado en el bolsillo por temor de que la enferma, cuando estuviera mejor, se la pidiese. Era esta llave del cajón de una mesa que estaba inmediata á la cama. Dios nos libre de que la pobre enferma viera lo que contenía aquel cajón! Ahora no: más adelante, cuando estuviera buena, se informaría.... Por el pronto, si pedía la tal llave, se daría por extraviada.... Entre tanto se ganaba tiempo; mientras, ella iría recuperando su estado normal. ¡Hay, el día que viera lo que tenía el cajón....! ¡Oh! ¡Ese sería un día terrible! Sólo de pensarlo doña Carmen temblaba. Pero ahora Angelina, narcotizada, dormía profundamente.

Doña Carmen supo lo que contenía el fatal cajón, porque en la mañana todo lo había escudriñado en busca de pruebas fehacientes; y las halló ¡bien terribles!

Ahora; sin temer que la enferma viera, volvió á abrir el cajón. Lo primero que se veía era un papel escrito con mano temblorosa y letra indescifrable. Bajo ese papel y en contorno, había un gran montón de onzas de oro: era tal la cantidad, que no bajaría de 50 á 60 mil duros. La señora, haciendo caso omiso del dinero, tomó el extraño papel, y volviendo á cerrar, se metió la llave en el bolsillo, encaminándose luego á la sala.

—Dígame Ud. don Prudencio: ¿puede leer lo que dice este papel?—dijo la señora presentando á aquél el raro escrito.

El doctor examinó atentamente el documento dándole vueltas por todos lados, y aun poniéndolo invertido, confesando al fin su ineptitud para tamaña empresa.

—Creo, señora, que sería preciso un políglota para entender este párrafo, y talvez no lo entendería tampoco. Opino que esto se ha escrito con un alfabeto convencional.....

—Está Ud. completamente en el terreno verdadero. Dos únicas personas saben y pueden leer correctamente ese papel.

—¿Y son....?

¡ Angelina y su esposo.

—¿Y qué deduce Ud. de ahí?

—Deduzco que hallándose ese papel colocado sobre un gran montón de dinero, el que puso allí el oro puso el papel también.

—Pero esa señora, no tenía en casa esa cantidad?

—No, señor; su banquero le pasa una mensualidad que, aunque bastante fuerte, no alcanza, ni en la milésima parte, á la gran suma que hay en el cajón de la mesa. Toda está en oro; yo creo que hay allí de 50 á 60 mil duros.

—¡ Oh!—dijo el doctor—ésa es una gran cantidad. ¿Qué juzga usted de todo eso, señora?

—Juzgo que el esposo de Angelina ha estado anoche aquí; que después que cometió el atentado—por alguna funesta causa que ignoro—escribió ese papel y dejó en el cajón adjunta la fuerte suma que contiene; dato que me indica, lo mismo que la desaparición del niño, que César se ha ido para siempre..... para no volver nunca..... ¡y se ha llevado su hijo consigo! Ahora, doctor, considere Ud. ¡qué dolor para esa joven infeliz cuando sepa la magnitud de su desgracia!

—Todo lo que usted dice, señora, veo que reviste tal carácter de verosimilitud, que la verdad salta á la vista. Pero, dígame usted: ¿no estaba ese joven viajando?

—Sí, señor; pero se le aguardaba de un día á otro. Quizás el barco—que era de su propiedad, pues así lo decía en su última carta—avistó el puerto tarde, y no pudiendo tondear hasta mañana, no se dejó ver del vigía, que en tal caso lo hubiera anunciado. Pero sí pudo César, con el deseo de ver á su familia, venir á tierra por **alto**, como suele decirse.

—Así ha debido de suceder, señora. De todos modos, el asunto es tremendo por su desastroso resultado. Com-

prendo que es de todo punto necesario guardar absoluto silencio. Pero también es preciso que la señora se entere y lea ese papel: ahí estará la clave del misterio. . . . Cuando esté buena, cuando recobre la voz, que ahora perderá por seis u ocho días, entonces hay que ponerla al corriente de la verdad. Le pasará algo muy fuerte cuando se entere. . . . pero es preciso entregarle esa carta. Despertará muy despejada; querrá hablar, y no podrá. Usted, señora, se encargará de informarla del motivo que ocasiona ese percance, diciéndola que el ataque que ha sufrido afecta directamente el órgano de la voz; pero que en pocos días pasará esa afección y volverá á recobrar tan preciosa facultad. Le dará Ud. un papel y un lápiz para que por escrito hable lo que quiera. Lo primero que hará debe de ser preguntar por su hijo, y querrá verlo. Dígale Ud. que sus niñas lo están cuidando allá en su casa; que no lo trae Ud. porque yo he prohibido expresamente que sufra sensación alguna, ni de alegría ni de pesar, y que la vista del niño podría afectarla y retardar más la vuelta de la voz. Así que la enferma haga algún movimiento, las niñas deben retirarse del cuarto. Después, cuando la señora esté bien despierta, Ud. la enterará de la situación, según la dejo dicho. Entonces, para que la cosa sea más verosímil, alguna de sus hijas de Ud. vendrá á pedir ropa para mudar al niño, de manera que la paciente lo oiga bien: así, no dudará de que su pequeño está en casa de Ud. Esta tarde volveré á saber si la vieja María ha vuelto, y también á dar algún alimento á la enferma porque tal vez no quiera tomarlo sino bajo la autoridad de mi palabra.

Dadas las anteriores recomendaciones, don Prudencio se despidió murmurando al regresar á su establecimiento:

“Qué lástima! Yo que pensaba comunicar á mis colegas esta gran cura. . . . porque, al fin, estos casos raros dan á uno cierta importancia. . . . y pensar que no puedo chistar sobre el asunto. . . .! Esta es una situación parecida á la del barbero del rey Midas; pero yo no haré agujero en la tierra para hablar allí. No; no por cierto. Podría nacer un cañal como el de marras. . . . Yo guardaré inviolablemente este secreto.”

CAPITULO VII

UN SABIO EN CIERNE

Mientras duró la conferencia de doña Carmen con el doctor, Frasquita, que se había retirado á su cuarto después del registro del de María, á descansar un poco en tanto su señora dormía, vió llegar á Pancho, el cual dejándose caer en una silla, comenzó á hablar así:

—¡Caramba, Frasquita! ¡Estoy sudando á mares!

—No sudo yo menos—dijo ella.

—Pero, mujer: ¡tú no has corrido como yo!

—Nó; pero las grandes pesadumbres hacen sudar.

—Pues ya ves: yo sudo á dos carrillos, porque he corrido, ¡y porque siento en el alma esta desgracia!

—Y ese chichón que tienes en la frente, cómo te lo hiciste?

—Pues verás. Cuando fuí por la carne condensada, como estaba cansado y quería ir volando, llamé por el señor Mercurio, para que me prestara las alas. Lo mismo fué llamarlo que verme volando escalera abajo. Lo malo fué que como soy novato en eso de volar, di con mi cuerpo en tierra y me hice este gallo. Me levanté echando unas cuantas ristras, lo que, de seguro, enojó al señor Mercurio, porque no volvió á prestarme sus alas.

—Pero dime: ¿quién es ese señor Mercurio?

—Es un señor del tiempo de antes, que vivía con otros señores en unas tierras muy altas que llamaban limpias.... Nó, nó; limpias, nó. Olimpo. Los otros señores mandaban al de las alas á las tierras bajas, á desempeñar sus diligencias....

—¡Ah! ¿Era el criado de los otros?

—Criado no, porque era igual en categoría; pero como

tenia alas en la cabeza y en los piés, lo determinaron para esos viajes porque volvía en un periquete.

—Pero si ese señor era del tiempo de antes, ya se habría muerto.

—¡Huy! hace muchos siglos que se murió.

—Y entonces, ¿cómo lo llamaste?

—¡Pero, mujer! Yo no llamé al hombre de carne y hueso, sino al espíritu de él.

—¡Hola! ¿Conque tú crees en los espíritus?

—¡Ya lo créo! Y tú también crees.

—¡Eso no! yo no; porque dicen que eso de creer en espíritus es contrario á la Religión.

—Si no fueras mi novia, te llamaría imbécil..... Voy á probarte que estás muy engañada; tú y todos los que afirman que la creencia en espíritus es contraria á la Fé. Quiero que te persignes. ¿Cómo dices al fin? En el nombre del Padre y del Hijo y del..... **Espíritu Santo**..... ¡Ya lo ves! esa es una Oración que se dice á diario; luego se llama todos los días al Es-pi-ri-tu Santo. Todos los espíritus no son santos—bien lo sé.—Pero también Dios creó unos **espíritus** puros, que se llamaron ángeles; y antes de la Creación, el es-pi-ri-tu de Dios flotaba sobre las aguas..... Eso está en los Libros Sagrados. ¿Entiendes ya cómo los espíritus y la Religión no son antagónicos, sino que, por el contrario, son muy amigos?

—De ese modo que tú me lo dices..... veo que tienes razón.

—Tú lo sabrías hace ya tiempo si pensaras algo por ti misma; pero como no piensas, crees todo lo que te dicen á tontas y á locas.

—¿Y á tí quién te ha enseñado esas cosas? ¿Las pensaste tú solo?

—La verdad es que yo tampoco me había fijado; pero Juanelo, el hijo del albéitar, como sabe tanto y hablamos con frecuencia, me ha hecho pensar, aclarándome el magín.

—¿Y cómo sabe tanto ese Juanelo?

—Porque tiene muchos libros y lee mucho.

—¿Es rico?

—Nó; pero el padre gana mucho con su oficio. Casi siempre lleva al hijo para que le ayude, ya á mantener la pata ó la oreja de algún cuadrúpedo, ya para calentar emplastos ó aplastar algún lobanillo..... en fin, para lo que se ofrece. A la vuelta, el albéitar se trae un puñado de dinero, y siempre le da á Juanelo, según la ganancia, cinco ó seis

duros. El muchacho, en vez de gastar esos cuartos en tonterías, va comprando libro sobre libro; así es que tiene una alacena ya casi mediada y con esperanza de llenarla. Dice él que el saber está en las páginas de los libros, y que él quiere saber.

—Pues por lo que dices, veo que ese muchacho tiene mérito. Deseara conocerlo.

—¡Nada se me da! porque como es bizco y patizambo, no vas á enamorarte de él.

—¿Oyes? no me vengas con esas tonterías. Hace tiempo te di mi palabra, y no soy ninguna veleta para cambiar; porque vea á otro hombre bonito ó feo, todo me es igual, porque es á tí á quien quiero y contigo estoy comprometida. Ya está dicho.

—¡Mujer! No te atufes, que eso fué un decir. Yo bien conozco tu formalidad y tu **aquel**. Por eso te quiero tanto.

—Pues no seas cargante.

—¡Nó; si fué pura broma! Y volviendo á Juanelo, te diré que por esos defectos—físicos, como él los llama—es por lo que se dió al estudio. Mira tú cómo del mal puede salir el bien.

—Pues no lo entiendo.....

—Ya verás. Juanelo sabe que muchos hombres con defectos corporales han llegado á ser personajes de mucha estimación, y por que? Por su instrucción. Así es que él se dijo: "Soy feo..... pues voy á aprender mucho para que no se eche de ver. Cuando sepa bastante, nadie pensará en que soy bizco ni torcido, sino que sé mucho y soy hombre de provecho." Así, pues, se está instruyendo mucho. Ya sabe bastantes cosas, pero sigue siempre adelante. Me ha contado de algunos sabios que tenían grandes defectos físicos—como dice él.—Allá por los ingleses hubo uno que para esto de batallar en los mares no había quién le ganara: se llamaba Lienzo..... ¡Nó, nó! Nelson. Ese era tuerto y manco: le faltaba un brazo. ¿Pues qué piensas? Era tan estimado, que cuando murió le erigieron una estatua. Otro inglés, que escribía muy buenos versos, se llamaba..... Bairón. Ese era cojo. Allá por Alemania, el músico compositor más celebrado era tan sordo, que cuando alguno llegaba á visitarlo, él le ponía un papel y un lápiz en la mano al visitante, para que le hablara por escrito. Acá en el Portugal, hubo un gran poeta. Se llamaba..... no recuerdo..... un nombre parecido á camueza. Ese era tuerto. Aquí, en España.....

—¿También aquí hubo de esos lisiados?—interrumpió Frasquita.

—¡Sí, mujer! Hubo uno que escribió un libro muy celebrado, que anda por el mundo escrito en muchas lenguas. Ese tal se llamaba Cervantes, y era manco: le faltaba una mano.

—¡Jesús me valga!—dijo la joven. ¡Qué montón de calamidades.

—Todavía sé de otro que no era tuerto ni manco, pero que, por tener los piés feos y malhechos, no andaba muy airoso. Además, era muy miope. Ese tal fué tan querido, que andaba en la corte mano á mano con los reyes. Escribía muy buenos versos, algunos de ellos muy jocosos, es decir, que hacían reír. Ese autor se llamaba..... ¿Sabes tú cómo se llamaban esos espejuelos que se cuelgan de una cinta negra?

—¿Serán los quevedos?

—Eso, eso. Quevedo se llamaba el hombre. Escribía tan buenos y divertidos versos, que las gentes entendidas lo llamaban "el regocijo de las Musas."

—¿Y quién eran esas Musas? ¿Algunas muchachas alegres.....?

—¡Ah, nó! Eran personas de alto coturno.

—Y eso de coturno, ¿qué es?

—Pues te diré que allá en lo antiguo se usaba un calzado que llamaban así, y como solamente los reyes y los grandes señores podían llevarlo, se dice persona de alto coturno cuando se usa metáfora, según dice Juanelo; que es como decir persona real, noble, distinguida.....

—Entonces esas Musas eran gentes granadas.....?

—¡Mucho!

—Pues el nombre no es muy bonito que digamos.....

—Yo sólo he oído mentar un moro Muza.....

—¡Pero si ése es el apellido, como—pongo por caso—las González, las Yanes!.....

—¡Ah! ya entiendo. ¿Y cómo se llamaban?

—Son un chorro de ellas. Voy á ver si me acuerdo de los nueve nombres.

—¿Tantas son?

—Sí; y todas hermanas. Una se llama Calíone, otra Clío, la tercera es Errata, nó, así no: Erato es; la cuarta es Melpómene, la quinta Talía, la sexta Tersica, así no. ¿Cómo es? Tersípcore; la séptima es Uterpe..... que no..... Euterpe, así es; la octava es Pollina..... ¡Caramba, que no me acuerdo! ¡Ah, ya sé! Se llama Polimia; la novena—esa

sí que no me olvido porque me gusta el nombre—se llama Urania. ¿Verdad que es bonito este nombre?

—Sí, ése y Talía, son los más que se pegan.

—¿Y por qué se regocijaban esas musas con el Quedo?

—Porque la Polonia y el Erato le soplaban el estro para que hicieran buenos versos; y como los hacía muy bien, esas dos se contentaban mucho.

—Y ¿por qué esas dos y las otras no?

—Porque esas dos eran las que soplaban los versos.

—Y ¿las otras qué hacían?

—Soplaban otras cosas: como la música, los discursos,

—Pero entonces, esas Musas se pasaban soplando?

—Sí; pero si tú también soplas!

—Yo, no: ni el fuego de la cocina cuando se apaga.

—Vamos á ver. ¿Cómo resuellas tú?

—Pues haciendo unos movimientos que suben y bajan el pecho. Eso, todos lo hacen; es una tontera.

—Pues bien: eso se llama respirar el aire cuando botas para fuera, y aspirar cuando resuellas para dentro. El aire que aspiras no es el mismo que respiras; el que sale se llama carbono, el que entra se llama oxígeno.

—¡Miren Udes. el sabihondo! ¿Yo tengo detro de mí carbón?

—¡Sí, señorita! El gas del carbón es el que sale y se va para que los vegetales se lo coman, y éstos arrojan de sí el oxígeno para que nosotros lo aspiremos. Si no hiciéramos esas dos funciones de aspirar y respirar, nos moríamos en seguida.

—Pero, ¿quién te ha enseñado tanto alejín?

—Juanelo, que lo sabe muy bien porque lo aprendió en un libro que se sabe al dedillo y se llama Fisonomía. nó, así no: Fisiología. Conque ya ves que tú también soplas para afuera echando gas carbónico. Las Musas soplan estro, que es como decir sabiduría. Pongo por caso; si tú quieres escribir una comedia, porque tienes instrucción para ello, pero no bastante talento para que la cosa te salga bien, te sientas á escribir con alguna esperanza. un poco vacilante. pero viene la Talía y te sopla quedito en la mollera. Tú no la ves ni la sientes; pero la pluma corre sobre el papel porque la Musa te sopló el estro; escribes una comedia muy buena; la representan muchísimas veces, y á tí te

dan mucho dinero; te llaman al tablado y te echan flores y coronas. . . . ¿Qué te parece Talía?

—¡ Ah, es una mujer muy buena!

—Pues has de saber que así son todas ellas. Cada una tiene una virtud, es decir un poder, para que los hombres ó las mujeres á quienes soplan escriban ó toquen ó bailen— porque para todo hay—y todo lo que hagan sea con perfección. Pero, eso sí: para que soplen el estro es menester que las personas tengan desarrolladas las facultades mentales, como dice Juanelo. Si no hay talento, entonces no soplan y lo que se escribe no sale bonito.

—Y dime, Pancho: ¿no hay alguna de esas Musas que mande desgracias?

—Sí; la llamada Melpómene sopla á los que escriben tragedias. Les sopla el estro y la inspiración. Aquél para que escriban bien ya sea verso ya prosa, y la otra para que relaten las cosas trágicas de manera que sean muy sentidas y hagan llorar á la gente.

—¿Y no te parece que esa tal anduvo anoche en esta casa?

—Yo creo que sí; y talvez sopló al hombre que quiso ahogar á la señora. . . . Pero mira; no hay que culpar á Melpómene, porque ella no tiene otro remedio que obedecer al viejo que las gobierna á todas.

—¿Quién es ese viejo?

—Se llama el Destino, y lo que él manda se hace llueve, truene ó relampaguee. Dicen que lo que Dios quiere es lo que sucede, y es verdad. Yo creo que ese Destino es Dios, y lo llaman así porque le dan el nombre en griego que es una lengua atravesada. A lo menos, así lo cree Juanelo.

Aquí llegaban en su diálogo estos buenos muchachos, cuando Frasquita se levantó para ir á ver á las señoras, diciendo á Pancho:

—Ahora voy á dentro; más tarde volveremos á hablar.

—Sí—dijo él—yo tengo qué hablar de nuestra boda; porque ya se aproxima.

—¿Quién piensa ahora en eso, con la desgracia que hay en casa?

—Eso pasará mujer. Otra cosa te digo, Frasquita: no te han llamado; quédate un momento, y te diré la idea que me ocurre sobre el robo del niño.

—¡ Ah! ¿Te ocurre algo? Ojalá sea cosa buena. Me quedo; habla.

—Pues yo pienso que el niño está secuestrado.

—¿Y qué es eso de secuestrado?

—Pongo por caso: tú eres rica y tienes un niño; el ladrón, provisto del instrumento llamado ganzúa, abre la puerta y entra en tu casa á media noche y roba el niño. Pero el pequeño llora y tú despiertas, vas á gritar; entonces el otro ladrón—porque en estos robos siempre van dos—te echan mano al pescuezo y aprieta hasta que pierdes el sentido. No te ahoga del todo porque si mueres pierde el trabajo, puesto que se llevan al chico para después pedirte dinero por él. A los dos ó tres días recibes una carta sin firma; en ella te dicen que si quieres volver á ver á tu hijo mandes á poner en tal paseo, al pié de tal árbol, enterrada una talega con mil, dos mil ó más duros, y que la persona que deposite el dinero lo tape bien y después se vaya largo. Tú, que eres rica—como puse por caso—mandas prontamente la suma pedida, y antes de dos horas ya tu niño está en casa. ¿Quién lo trae? Un mozo de cordel que te dice lo encontró perdido en tal ó cual paseo. ¿Quién va á saber si el tal mozo será uno de los ladrones? Eso es lo que se llama secuestro.

—Pero eso no se usa en nuestra tierra.

—Una vez es la primera. Si aquí no se usa, Juanelo me ha dicho que en las grandes capitales ha sucedido muchas veces.

—Y á María, que tampoco parece, ¿también la secuestraron?

Pancho, perplejo, dijo al fin:

—Pues mira: se llevaron á María para que el chico no llorara; ; como ya tiene tres años y la conoce!

—¿Y la Virgen y el Cristo, que no están en el cuarto?

—Ella se los llevó en el bolsillo, para estarles rogando que la saquen pronto de tal aprieto.

—; Ojalá fuera cierto todo eso! pero quién sabe.

Y Frasquita fué á ver si las señoras la necesitaban. Estas habían ido una después de otra á mudarse los lujosos vestidos, cambiándolos por otros caseros. Doña Carmen fué la última, y llegándose á la cocina se halló con la regañona Bonifacia, muy peripuesta, con vestido de alpaca morada adornado con cintas verdes; gran pañuelo de seda de metro en cuadro, muy rameado de todos colores, puesto por la cabeza; atalaje tan galano, que la pobre mujer estaba hecha un adfesio.

—Yo, señora—dijo—me vestí pa ver pasar la porcesión; porque si alguien de esta casa no la vía pudiera suceder al-

gún atrabanco. Vide las cinco hermandades, el Cabildo, todos los clergos, y endespues la Virgen, que traiba este año el traje de color de fuego; y eso es muy malo porque ya se ha visto que cuando tray esa ropa, muy luegoito hay fuego en la siudá (1).

—Eso son cuentos de la gente, Bonifacia. Me voy por que paso otra vez casa de Angelina.

—¿Y cómo va estando esa señora?

—Ya va mejor.

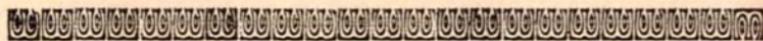
—Démele memorias y que tanto que me alegro de la mejora; y que si quiere caldo, ya hay güeno.

—Talvez más tarde.....

Y doña Carmen salió.

Bonifacia, con el estreno de la bonita indumentaria, había bajado las banderas.

(1). Creencia popular.



CAPÍTULO VIII

PLANES DEL FUTURO SABIO

Como las señoras no necesitaban á Frasquita y aún tardaría más de una hora en despertar la enferma, la doncella volvióse á su cuarto, donde halló á Pancho muy serio y pensativo.

—Como no hago falta por allá, he vuelto á hacerte compañía.

—Bien hecho. Así hablaremos algo de nuestro porvenir. Ya sabes que deseo casarme pronto.

—Pero ahora no podemos pensar en eso. Ya ves: con la enfermedad de la señora, no podemos hacer nada en ese sentido.

—Ya lo sé; pero en cuanto llegue don César la boda se hace. El llegará, á más tardar, por toda esta semana.

—En la última carta que recibió la señora, la dice que á fin de Abril ó primera semana de Mayo, estaría sin falta aquí.

—Ya pasado mañana entrará el mes; pues no pueden tardar en asomar el barco y el tan esperado viajero. Tú me has dicho que tienes unas tierritas. . . .

—Sí; y no son tan pocas. Tengo cuatro fanegadas de buena tierra y una casita no del todo mala: tiene sala, tres cuartos, comedor y cocina.

—¡Muy bien! Talvez la casa tenga algo que componer. Apenas parezca el niño, voy á asomarme allá porque quiero ponerla muy aseada: jalbgarla y pintarla para cuando vayamos á vivir allí que luzca nuevecita, y que sobre las blanqueadas paredes de la sala se destaquen muy bien el reloj y el gran cartelón que voy á poner al lado de él.

—¿Y qué cartelón ese ese?

—Pues uno como el que tiene el maestro en la pared de la escuela.

—¡ Ah! ¿ Un programa?

—¡ Eso, eso! Con un reloj despertador y un programa, me sale todo á punto, y me queda tiempo para estudiar.

—¡ Pero hombre! si hay tanta tierra qué trabajar! ¿ La vas á dejar por la mano para estarte leyendo?

—Pero mujer! Entiende de una vez. En el cartelón se ponen todos los días de la semana escritos uno debajo de otro á la orilla del papel. Después, arriba, las horas. Pongo por caso: lunes, de 8 á 10, huerta; de 10 á 11, almuerzo; de 11 á 12, tal y tal cosa. ¿ Entiendes ya? Y así se marcan todas las horas de la semana que se han de emplear en distintas labores. En el mismo cartelón escribiré al final con letras muy gordas: "En la noche, de 8 á 10, clase de estudio." Y el despertador del reloj será colocado todos los días en las 8. Ya ves cómo trabajaré sin perder tiempo y podré al mismo compás aprender, y tú conmigo. Si tu madre quiere que la acompañemos á rezar el rosario, no me opongo. Pero, eso sí: ha de ser temprano, porque si no ha terminado á las 8 nos vamos á clase sin acabar el rezo. Has de saber que el estudio mejora al hombre; y todo lo que mejora moralmente, es agradable á Dios. Bien explicado me lo tiene Juanelo. El reloj lo compraré con despertador, no solamente para saber la hora de estudio sino también para que todos los días nos despierte á la misma hora, que será á las seis en el verano y á las siete en el invierno. En seguida se hace el desayuno con café y pan. Para eso voy contigo á la cocina por si hay qué partir astillas para calentar el agua pronto. Entre tanto hierve, nos lavamos y peinamos, sin perjuicio de que más tarde tú te peines mejor ese buen pelo que Dios te dió. Así que desayunemos, se deja el fuego con un tronco seco y grueso para que no se apague. Entonces tú sales al jardín; yo, á la huerta. Porque, eso sí; yo quiero que la casa se vea en medio de flores. ¡ Eso es muy bonito! Si no hay quién dé ó venda matas, se compran semillas de todas clases para hacer los semilleros; cuidando el terreno que esté bien limpio y regado, no muy pesado, y un sachó bien filoso para escardar la yerba. Apenas las plantitas tengan cinco hojas, comienza el trasplante en la tierra que tú tendrás lista aflojándola con el sachó y el riego. Con una hora que trabajes diario, dentro de poco tendremos un bonito jardín. Si hay matas muy delicadas, como claveles, violetas dobles, renúnculos, heliotropos y generalmente to-

das las que se siembran de estaca, es bueno enterrar al lado de cada mata una ramita frondosa de cualquier árbol para que el calor del sol, si está fuerte, no quemé la plantita que aún no tiene raíces. Pero desde que se conoce que ya arraigó; ¡afuera las ramas de sombra y vengan riego y sol, que es lo que necesitan para crecer! Las plantas ó tuberculosas —como dice Juanelo—no han menester tanto cuidado, porque la cebolla ó bulbo—como él quiere que se diga—está resguardada por la capa de tierra que lo cubre y no nacen las hojas sin tener ya raíces abajo. Tales son las azucenas tan olorosas y bellas, las varitas de San José, muchos lirios de todas clases y colores, y tantas otras que irán pareciendo. Las dalias son hermosas para adorno, pero no tienen olor. —Juanelo las llama inodoras.—La camelia se siembra de estaca: es una flor preciosa, pero tampoco huele. Yo tengo esa flor comparada con una mujer bonita pero sin salero.

—Esa comparación es muy exacta—dijo Frasquita que había oído en silencio la lección de jardinería, como que á ella le tocaba cuidar bien el vergel para que prosperara pronto.

—Oye, Frasquita; no te olvidarás de sembrar albahaca: si quieres que pegue pronto, mete los siembros en un vaso con agua y allí la verás echar raíces; entonces las siembras en tierra muy floja y muy mojada. Así crecen al momento. También sembrarás romero, mirto y mejorana. El mirto, romero, clavelón, flor de pascua... y todas las que sean arbustos, los siembras alrededor de las cercas porque, como crecen mucho, dejarían, sembrándolos en medio, poco campo para las flores finas. Lo mismo harás con los rosales: los tendrás rosados, amarillos, blancos y rojos. Son muy bonitos, crecen pronto, y casi todos tienen muy buen olor—perfume y aroma, dice Juanelo. Ya te he hablado mucho de jardín, y tiempo tendré, Dios primero, de decirte más. Ahora voy conmigo. De las 7 y media á las 10 estoy en la huerta haciendo las éras para sembrar verduras. Tendré una azada muy bien afilada, y en 2 horas y media bien puedo hacer media docena de éras. A las diez me llamas tú para almorzar... lo que haya. Como tendremos algunas cabras, que desde temprano dejaré ordeñadas, talvez, si te parece, con un buen plato de sopa de leche y fruta, fresca en el verano ó seca en el invierno, un zoquete de pan y un vaso de agua fresca, tendremos un buen almuerzo: frugal almuerzo, diría Juanelo á esa clase de comidas. De las 10½ á las doce

volveré á mis éras. Al mediodía vendré para casa á descansar á la sombra, hasta rayanas las dos. Fumaré un poco, y dejaré á mano el libro que hemos de estudiar en la noche. Comenzaremos por la Historia de España—Historia Patria, diría mi amigo. Después, pongo el despertador en las ocho, porque como hace tanto ruido, aunque yo me distraiga tiene buen cuidado de avisarme la hora de estudio. A las 2 vuelvo á mi huerta á comenzar los semilleros. Aquí coles, allí nabos, más allá zanahorias, después colinabo, lechugas, ajos, cebollino, rabanitos, cilantro, perejil y remolacha. Si faltare algo, ya me irá ocurriendo. Estos semilleros se hacen muy pronto. Pero son las cuatro y me llamas á comer; vengo y estoy cierto de que me sirves algún sabroso potaje. Al principio, mientras produce la huerta, hay qué comprar los alimentos; pero como yo tengo ahorradas mis buenas **pelucanas**, no carecemos de sustento.

—¡Hola! ¿conque estás rico?

—Tanto como rico, no; pero sí hay con qué ir viviendo mientras produce la tierra. Ya sabes que cuando don César se fué á viaje, yo me fuí con doña Carmen. Esta me manda dos veces por semana á vigilar los trabajos de la hacienda que tiene en Breñabaja, porque aunque hay medianero, “el ojo del amo engorda el caballo.” Después que yo vigilo la cogida de los frutos—recolección, dice Juanelo—todo dá más, y es porque el medianero no puede sisar nada y tiene qué entregar las medias sin esquilmos. Lo mismo sucede con las siembras: yo las presencio y tienen qué echar en la tierra toda la simiente, sin apañar ni papas, ni trigo, ni nada. Lo único que podrán sercenar algo son las frutas. Pero la señora dice que eso no importa; que coman la que quieran, porque hay mucha. Doña Carmen está muy contenta conmigo por mi vigilancia, y me paga bien. Como ya van á ajustar dos años que te eché el ojo con buenos fines, y sé que para casarse se necesita algo de dinero, casi todo lo que he ganado en los dos años lo he ido guardando y por eso tengo las **oncejas** que te he dicho.

—Pancho: estoy muy contenta de ti, y te ofrezco ser tu verdadera compañera cuando nos casemos. Te juro que sabré cumplir las palabras que el Apóstol nos dice al casarnos. ¿Has visto alguna boda?

—Sí; más de una.

—¿Qué te dice el sacerdote al casarte?

—“Compañera te doy y no esclava.”

—¡Pues bien!—repuso Frasquita—los compañeros se

han de ayudar en todo y por todo; si no lo cumplen así, ya no son compañeros. Yo que quiero cumplir te digo, que si tu trabajas, trabajaré yo también. Conozco algunas mujeres que, mientras los maridos están todo el día doblados sobre el trabajo, ellas no hacen nada. Eso es muy feo, y yo me avergonzaría de hacerlo; así es que puedes contar conmigo. Si no trabajare como tú, no será por falta de voluntad sino porque las fuerzas de la mujer son menores que las del hombre. Pero hay muchas ocupaciones que no necesitan gran empuje: á esas me aplicaré yo. El caso es que mientras tú "bates el cobre" no estaré yo holgazaneando; porque yo tengo mi puntillo y mi **aquel**, y no quiero que se me llame **palanquina**. Conque ya sabes la mujer que tendrás.

—¡ Anjá! Así me gustas. ¡ Si por algo te quiero yo tanto! Eso que has dicho, es pensar como mujer discreta que sabe leer en el tiempo venidero—porvenir, diría mi amigo. Así, trabajando los dos y estudiando los dos, llegará un día en que seamos personas muy estimadas por nuestra buena educación, porque poco á poco iremos guardando el sobrante de nuestros gastos, que serán cortos, y al mismo tiempo que vayamos mejorando en nuestro modo de ser, adquiriremos algo de riqueza. Llegará tiempo en que te llamarán "doña Frasquita" y á mí, "don Francisco."

—No me gusta que seas vanidoso, Pancho...

—¡ Pero mujer, si eso no es vanidad! Juanelo dice que el querer las gentes irse perfeccionando y mirar, queriendo imitarlos, á los que están por cima de nosotros, no se llama vanidad sino... emulsión... no, así no es: como se llama es emulación.

—¿ Yeso es bueno?

—¡ Mucho! porque hace que los hombres vayan mejorándose ó civilizándose, que viene á ser lo mismo. Y, según dice mi amigo, así se han ido componiendo todas las gentes, que allá remoto andaban desnudas, y hasta se comían unas á otras.

—¡ Jesús, me valga! ¡ qué patrañas me cuentas!

—No son patrañas: Cuando estudiemos verás en los libros de viajeros cómo, hoy mismo, muchos salvajes se comen unos á otros.

—¡ Ay, qué miedo! Yo no leeré ese horror.

—Yo me encargo de leértelo, y no tendrás miedo. Parece mentira que en nuestros tiempos haya gente desnuda y que se maten entre sí para comerse hasta crudos; pero, por

desgracia, es la purísima verdad. Ya ves tú si será bueno subir, subir siempre para alejarnos mucho de esos feroces salvajes, que Juanelo llama bestias salvajes ú hombres primitivos.

—Pero eso de primitivo querrá decir de los primeros que hubo. ¿Cómo dices que todavía los hay?

—Porque á las tierras donde viven no ha llegado todavía la civilización. Alguna vez que ha llegado, los salvajes huyen á las montañas: no quieren aprender nada, sino seguir siendo bestias.

—¡Qué lástima! ¡Pobre gente!

—Muchos se han civilizado, es claro! Si no fuera así, el mundo estaría lleno de salvajes. Mucho trabajo y mucho tiempo ha costado para enseñar á tales hombres. Hay qué agradecer mucho á los que emprendieron esa tarea; tarea que todavía sigue y seguirá, porque aún pasarán muchos siglos para domesticar la mayor fiera que se conoce: esa fiera es el hombre en estado salvaje. Sobre estas cosas hablaremos allá cuando estemos en nuestra casita: entonces leeremos desde las 8 de la noche hasta las 10, hora en que hemos de acostarnos; entonces aprenderemos muchas cosas que yo apenas sé, gracias á Juanelo, y que tú ignoras por completo. Ahora quiero decirte que, según mi plan, después de comer volveré á la huerta á hacer las casas para los siembros de calabazas, bugangos y pantanas. En el resto de la tarde ya quedan enterradas allí las semillas. No olvidaré los chayotes que se dan por castigo y son muy buenos. También sembraré semillas de melones y sandías cerca del agua, el ñame y los pepinillos de huerta, que son cosa buena para ensalada. En fin, que la huerta tendrá de todo. Cuando llegue el trasplante del cebollino y de las verduras que han menester esa operación, sí podrás ayudarme para acabar pronto. La cebolla sí es verdad que hay que regarla mucho. Yo pienso plantar alrededor de las cercas muchos árboles frutales. Alguna gente dice que junto á la cerca no porque del camino cogen frutas. Pues yo digo que junto á las cercas sí, para que el caminante si tiene hambre ó sed, coja la que pueda alcanzar con la mano sin subirse á la pared: eso bien lo puede hacer, y me gusta que lo haga porque no soy ningún orguista. . . .no! egoísta, dice Juanelo, que todo se lo quieren para sí.

—Me gusta esa idea, Pancho: plantar frutales por todas las cercas para que haya mucha abundancia y que cojan del camino lo que alcancen. Eso, hasta es caritativo. Pongo